

Capítulo VII.

La visión del papa Francisco sobre la universidad

Jaime Nubiola

Universidad de Navarra

jnubiola@unav.es

Puede parecer poco cuatro años de pontificado para hacer un balance de la aportación del papa Francisco a la moderna configuración de la universidad católica. Sin embargo, los textos disponibles de su magisterio y sus actitudes personales muestran bien que este papa tiene mucho que decir sobre la universidad. Ya en su *Evangelii Gaudium*, quizá la carta magna de su pontificado, reconocía cuánto aportan las escuelas y universidades católicas en todo el mundo (Francisco 2013b, n. 65), y afirmaba además que “Las universidades son un ámbito privilegiado para pensar y desarrollar este empeño evangelizador de un modo interdisciplinario e integrador” (n.134). Para el papa Francisco la universidad es un espacio evangelizador de una importancia muy especial.

He organizado mi exposición en cuatro secciones breves: la primera, dedicada a la formación universitaria del papa Francisco, aludiendo a su estudio de Romano Guardini; la segunda, su defensa de la universidad como escuela de diálogo con ocasión de su visita a la Universidad Roma Tre; en tercer lugar, su importante discurso en la Universidad de Al-Azhar en Egipto; y finalmente, las tres claves que en la visión del papa Francisco han de conformar la universidad y, por extensión, el mundo de la cultura.

La formación universitaria del papa Francisco

El papa Francisco no ha sido, a diferencia de sus dos predecesores, un eminente profesor universitario. Su biografía oficial en la página del Vaticano (2017a) refleja su formación como técnico químico antes de entrar en el seminario diocesano. En 1958 pasó al noviciado de la Compañía de Jesús, completó los estudios de humanidades en Chile y se licenció en filosofía en el Colegio San José, de San Miguel, Argentina. Entre 1964 y 1965 fue profesor de literatura y psicología en el Colegio de la Inmaculada de Santa Fe y en 1966 enseñó esas mismas materias en el Colegio del Salvador, en Buenos Aires. De 1967 a 1970 estudió teología en el Colegio San José y obtuvo la licenciatura. En ese perfil biográfico se añade que fue profesor en la Facultad de Teología de Buenos Aires y en:

Julio de 1973 fue elegido provincial de los jesuitas de Argentina, tarea que desempeñó durante seis años. Después reanudó el trabajo en el campo universitario y entre 1980 y 1986 es de nuevo rector del colegio de San José, además de párroco en San Miguel. En marzo de 1986 se traslada a Alemania para ultimar la tesis doctoral. (Vaticano II, 2017a)

Dicha tesis se trataba de una investigación centrada en el pensamiento del filósofo católico Romano Guardini (1885-1968), el gran teólogo alemán que fue maestro de dos futuros papas, Pablo VI y Benedicto XVI, y del cual Jorge Mario Bergoglio había leído y admirado, sobre todo dos libros: *El señor*, sobre la persona de Jesús, y *Der gegensatz*, publicado en español con el título de *Contrasteidad*, muy crítico sobre la dialéctica hegeliana y marxista (Magister, 2013). Sabemos que a los pocos meses regresaría a su casa sin completar su investigación. Así lo explica su biógrafo Ivereigh (2015):

Durante tres meses, Bergoglio vivió en la comunidad jesuita de la Universidad de Sankt Georgen, dedicado a las lecturas profundas y amplias a las que no había podido entregarse desde sus tiempos de estudiante. Durante los cuatro meses siguientes se aplicó con asiduidad a unas intensas sesiones de estudio que, posteriormente, darían sus frutos. Pero se sentía desconsolado. Para un hombre de acción, la idea de embarcarse en una investigación doctoral a los cincuenta años era, en cualquier caso, algo peregrina, pero es que, más concretamente, Bergoglio era una persona de hondas raíces, muy conectado, y necesitaba de la comunidad. Solo y con añoranza de su país, paseaba por las tardes hasta el cementerio, desde donde divisaba el aeropuerto de Fráncfort, y despedía a los aviones que

partían con destino a Argentina. (...) Se sentía profundamente desplazado. Y en diciembre de ese mismo año [1986] regresaría a su casa. (pp. 271- 272)

Sin duda, esta experiencia académica tuvo un impacto relevante en la vida intelectual de Bergoglio. De hecho, la afinidad entre el papa Francisco y Romano Guardini ha sido advertida por diversos autores (Barron, 2015; Fayos, 2014; Schmitz, 2015 y Nubiola, 2016), y es, por ejemplo, particularmente notoria en la encíclica *Laudato Si'* de mayo de 2015.

Se sabe que ya en el noviciado el joven Bergoglio era lector de *El señor*, de Guardini, y que en su tiempo en Alemania trabajó en un proyecto doctoral sobre la dinámica del desacuerdo y el encuentro en Guardini. En cierto sentido, algo de aquel proyecto aflora en la *Laudato si'* cuando el papa recuerda que se tiende a creer “que todo incremento del poder constituye sin más un progreso, un aumento de seguridad, de utilidad, de bienestar, de energía vital, de plenitud de los valores” (n.105), aunque “el hombre moderno no está preparado para utilizar el poder con acierto” (n.105). Las palabras de *El ocaso de la edad moderna*, de Guardini, son citadas al menos en ocho ocasiones en ese documento:

Cada época tiende a desarrollar una escasa autoconciencia de sus propios límites. Por eso es posible que hoy la humanidad no advierta la seriedad de los desafíos que se presentan, y “la posibilidad de que el hombre utilice mal el poder crece constantemente” cuando no está “sometido a norma alguna reguladora de la libertad, sino únicamente a los supuestos imperativos de la utilidad y de la seguridad” (n.105).

Y un poco más adelante, añade:

La técnica tiene una inclinación a buscar que nada quede fuera de su férrea lógica, y “el hombre que posee la técnica sabe que, en el fondo, esta no se dirige ni a la utilidad ni al bienestar, sino al dominio; el dominio, en el sentido más extremo de la palabra” (n.108).

Merece la pena una lectura detenida de *El ocaso de la edad moderna* (1950) de Guardini, pues da mucha luz para interpretar con hondura las enseñanzas del papa Francisco en todos los temas, también en el papel de la universidad en el siglo XXI. Aunque el papa Francisco no obtuviera el título de doctor, para nada le resulta ajena la vida universitaria. Más aún, durante sus quince años de arzobispo de Buenos Aires (1998-2013) fue gran canciller de la Universidad Católica Argentina; ahora como romano pontífice es del todo consciente de la importancia de las universidades para

la configuración de la cultura contemporánea, tal como muestran sus palabras en sus frecuentes intervenciones universitarias.

La universidad como escuela de diálogo

El interés de Bergoglio por el pensamiento de Guardini se centraba en particular en su libro *Der gegensatz* (*El contraste*), pues pensaba que “podía ser útil para conceptualizar la dinámica del desacuerdo”. Como explica Ivereigh (2015), las tesis de Guardini dependían de las enseñanzas de Johann Adam Möhler, un teólogo del siglo XIX que:

(...) defendía la tesis de que en la Iglesia los puntos de vista contrastados (*gegensätze*) son fructíferos y creativos, pero que pueden convertirse en contradicciones (*widerspruch*) cuando se apartan de la unidad del todo y se desarrollan en oposición al cuerpo. (p. 271)

A juicio del biógrafo del papa:

Su deseo de explorar el *gegensatz* de Guardini estaba en línea con su interés subyacente en la reforma política y eclesiástica. A largo plazo le ayudó a dar forma a lo que, ya como cardenal, potenciaría como la “cultura del encuentro”, y lo que, como papa, buscaría en su reforma del sínodo de obispos. (Ivereigh, 2015, p. 271).

Estos antecedentes permiten entender bien lo que pasó en la visita del papa Francisco a la Universidad Roma Tre en febrero del 2017. Las palabras que el pontífice improvisó en aquella visita, dejando de lado el discurso oficial que traía preparado —y que puede leerse en la *web* del Vaticano (2017b)—, impactaron a quienes le escuchaban. Después de atender las preguntas de cuatro estudiantes, el pontífice —dice una crónica de prensa (Religión en Libertad, 2017)— se refirió a las llamadas universidades de élite, en las que no se enseña a dialogar, sino que enseñan ideologías. “Te enseñan una línea ideológica y te preparan para ser un agente de esa ideología. Eso no es una universidad”, explicó el papa.

Para Newman, durante los años universitarios resulta esencial el trato afectuoso e inteligente de profesores y alumnos, la conversación cordial y la convivencia libre entre los estudiantes de forma que puedan aprender unos de otros y se ensanchen así su mente y su corazón en favor de la humanidad.

La universidad como escuela del arte del diálogo: ¡qué hermoso desafío! No es fácil llevarlo a la práctica. Las abundantes tareas que pesan sobre los profesores —las numerosas clases, las exigencias de la investigación, los servicios diversos a la comunidad académica— no facilitan el diálogo ni entre los profesores y mucho menos con los alumnos. Tampoco los estudiantes saben qué pueden hacer para que los profesores los escuchen, pues de ordinario hay una notable diferencia de edad, de conocimientos, de autoridad.

Para el papa Francisco la universidad tiene que ser una escuela artesanal de diálogo entre los propios profesores, entre los alumnos, entre unos y otros, entre todos los que forman parte de la comunidad universitaria. Si hay diálogo quiere decir que nadie se cree dueño de la verdad, que todos piensan que la verdad se busca en comunidad. No solo la razón de cada uno es camino de la verdad, también las razones de los demás sugieren y apuntan otros caminos que enriquecen y amplían la propia comprensión.

Esta defensa del pluralismo se nutre de la fecunda experiencia de que los seres humanos, mediante el diálogo abierto, el estudio sosegado y el contraste con la experiencia, somos de ordinario capaces de llegar a reconocer la superioridad de un parecer sobre otros en aquellas cuestiones vitalmente importantes. En este sentido, puede decirse que la universidad es la institución en la que sistemáticamente se busca la verdad, pues aspira desde sus comienzos a adentrarse cada vez más en la verdad en todos aquellos campos en los que la inteligencia humana puede avanzar.

Así, además, la universidad podrá llegar a ser una efectiva escuela de diálogo para toda la sociedad. Para esto es esencial que en ella tanto los profesores como los alumnos —tal como invitaba el papa Francisco a los universitarios de Roma Tre— lleguen a ser verdaderos artesanos del diálogo.

Francisco en la Universidad de Al-Azhar

La visita del papa Francisco a la Universidad Al-Azhar, en El Cairo, a finales de abril del año 2017 tuvo una resonancia muy particular. Para muchos, en su trasfondo, estaba el discurso de su predecesor Benedicto XVI en Ratisbona diez años antes, que tanto revuelo levantó en el mundo islámico al contraponer violencia y razón y que apenas fue realmente entendido.

El eje de las enseñanzas de Benedicto XVI se encontraba en su reiterada afirmación de que es preciso ensanchar la razón humana para que en ella quepan el corazón, los sentimientos, la belleza

y la bondad, “las fuerzas salvadoras de la fe, al discernimiento entre el bien y el mal” (Benedicto XVI, 2007, n. 23); para que en ella puedan encontrar cabida aquellos elementos más humanos que fueron desechados por el materialismo científico ilustrado dominante en los dos últimos siglos. Así decía en el núcleo del discurso de Ratisbona:

Este intento de crítica de la razón moderna desde su interior, expuesto solo a grandes rasgos, no comporta de manera alguna la opinión de que hay que regresar al período anterior a la Ilustración, rechazando de plano las convicciones de la época moderna (...). La intención no es retroceder o hacer una crítica negativa, sino ampliar nuestro concepto de razón y de su uso (...). Solo lo lograremos si la razón y la fe se reencuentran de un modo nuevo, si superamos la limitación que la razón se impone a sí misma de reducirse a lo que se puede verificar con la experimentación, y le volvemos a abrir su horizonte en toda su amplitud. (Benedicto XVI, 2006)

El papa Francisco, en un contexto muy distinto, pues se encontraba en una universidad islámica donde el Gran Imán organizaba una conferencia internacional para la paz, compartía entonces su reflexión sobre la educación para la paz y el camino para el diálogo interreligioso. Merece la pena transcribir íntegros tres sustanciosos párrafos:

La educación se convierte de hecho en sabiduría de vida cuando consigue que el hombre, en contacto con Aquel que lo trasciende y con cuanto lo rodea, saque lo mejor de sí mismo, adquiriendo una identidad no replegada sobre sí misma. La sabiduría busca al otro, superando la tentación de endurecerse y encerrarse; abierta y en movimiento, humilde y escudriñadora al mismo tiempo, sabe valorizar el pasado y hacerlo dialogar con el presente, sin renunciar a una adecuada hermenéutica. Esta sabiduría favorece un futuro en el que no se busca la prevalencia de la propia parte, sino que se mira al otro como parte integral de sí mismo; no deja, en el presente, de identificar oportunidades de encuentro y de intercambio; del pasado, aprende que del mal solo viene el mal y de la violencia solo la violencia, en una espiral que termina aislando. Esta sabiduría, rechazando toda ansia de injusticia, se centra en la dignidad del hombre, valioso a los ojos de Dios, y en una ética que sea digna del hombre, rechazando el miedo al otro y el temor de conocer a través de los medios con los que el Creador lo ha dotado.

Precisamente en el campo del diálogo, especialmente interreligioso, estamos llamados a caminar juntos con la convicción de que el futuro de todos depende también del encuentro entre religiones y culturas. En este sentido, el trabajo del Comité Mixto para el Diálogo entre el Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso y el Comité de AlAzhar para el Diálogo representa un ejemplo concreto

y alentador. El diálogo puede ser favorecido si se conjugan bien tres indicaciones fundamentales: el deber de la identidad, la valentía de la alteridad y la sinceridad de las intenciones. El deber de la identidad, porque no se puede entablar un diálogo real sobre la base de la ambigüedad o de sacrificar el bien para complacer al otro. La valentía de la alteridad, porque al que es diferente, cultural o religiosamente, no se le ve ni se le trata como a un enemigo, sino que se le acoge como a un compañero de ruta, con la genuina convicción de que el bien de cada uno se encuentra en el bien de todos. La sinceridad de las intenciones, porque el diálogo, en cuanto expresión auténtica de lo humano, no es una estrategia para lograr segundas intenciones, sino el camino de la verdad, que merece ser recorrido pacientemente para transformar la competición en cooperación.

Educar, para abrirse con respeto y dialogar sinceramente con el otro, reconociendo sus derechos y libertades fundamentales, especialmente la religiosa, es la mejor manera de construir juntos el futuro, de ser constructores de civilización. Porque la única alternativa a la barbarie del conflicto es la cultura del encuentro. Y con el fin de contrarrestar realmente la barbarie de quien instiga al odio e incita a la violencia, es necesario acompañar y ayudar a madurar a las nuevas generaciones para que, ante la lógica incendiaria del mal, respondan con el paciente crecimiento del bien: jóvenes que, como árboles plantados, estén enraizados en el terreno de la historia y, creciendo hacia lo Alto y junto a los demás, transformen cada día el aire contaminado de odio en oxígeno de fraternidad. (Francisco, 2017)

Estas hermosas y profundas palabras trascienden en su intención el espacio universitario en el que fueron pronunciadas y pueden ayudarnos a identificar las universidades como unos espacios privilegiados para la cultura del encuentro. Para el papa Francisco la educación universitaria se convierte en sabiduría cuando el ser humano se abre a Dios y a los demás, cuando mira al otro como parte integral de sí mismo, cuando aprende que del mal solo viene el mal y de la violencia solo la violencia, en una espiral que termina aislando. Estas palabras traen a la memoria aquellas otras de Martin Luther King en un sermón en 1957 en la iglesia bautista de la avenida Dexter en Montgomery, Alabama, que el papa Francisco recordará en la Exhortación Apostólica Postsinodal *Amoris Laetitia*:

Odio por odio solo intensifica la existencia del odio y del mal en el universo. Si yo te golpeo y tú me golpeas, y te devuelvo el golpe y tú me lo devuelves, y así sucesivamente, es evidente que se llega hasta el infinito. Simplemente nunca termina. En algún lugar, alguien debe tener un poco de sentido, y esa es la persona fuerte. La persona fuerte es la persona que puede romper la cadena del odio, la cadena del mal (...). Alguien debe tener suficiente religión y moral para cortarla e inyectar dentro de la propia estructura del universo ese elemento fuerte y poderoso del amor. (Francisco, 2016, n. 118)

Para el papa argentino la religión no es un problema para la convivencia de los seres humanos, sino parte de la solución, pues “nos recuerda que es necesario elevar el ánimo hacia lo alto para aprender a construir la ciudad de los hombres” (Francisco, 2017). Y en este mismo discurso afirma: “La violencia, de hecho, es la negación de toda auténtica religiosidad”. Y, por supuesto, como había hecho Benedicto XVI en aquel discurso de Ratisbona, denuncia también el materialismo rampante de occidente que “tiende a reducir la religión a la esfera privada, sin reconocerla como una dimensión constitutiva del ser humano y de la sociedad” (Francisco, 2017). Frente al materialismo cientista dominante en Occidente y frente a la violencia de cuño islámico que se justifica a veces con motivos religiosos, el papa Francisco presenta un amplio camino intermedio en el que personas de diferentes religiones pueden convivir y trabajar juntos en favor de la paz.

Claves que han de conformar la universidad y el mundo de la cultura

Desde su nombramiento en marzo del año 2013 ha sido relativamente frecuente que el papa Francisco intervenga con su palabra en universidades y centros de cultura con ocasión de sus viajes o de las diversas efemérides universitarias romanas. Sin embargo, en lugar de llevar a cabo aquí un espiguo de esos textos, me ha parecido mucho más significativo centrar la atención en uno de sus primeros discursos, el que dirigió a las universidades de Cagliari en septiembre de 2013, a los pocos meses de su elección. Me gusta en particular, porque en esa alocución el papa no quiere dar una lección académica, sino que prefiere ofrecer reflexiones que nacen de su experiencia de hombre y de pastor de la Iglesia (Francisco, 2013a).

En aquella ocasión, después de describir la crisis actual, no solo económica, sino también ecológica, educativa, moral y humana, añadía: “Es una crisis que se refiere al presente y al futuro histórico, existencial del hombre en esta civilización occidental nuestra, y que acaba además por afectar al mundo entero” (Francisco 2013a). Pues bien, para el papa en esta situación de crisis generalizada “es precioso el papel de la universidad. La universidad como lugar de elaboración y transmisión del saber, de formación a la sabiduría en el sentido más profundo del término, de educación integral de la persona” (Francisco 2013a). La universidad es una institución que por sí misma ofrece caminos de esperanza, porque abre horizontes nuevos a nuestra sociedad.

El papa Francisco (2013a) articula su exposición en torno a tres puntos sobre los que detiene su atención y sobre los que invita a reflexionar: 1) la universidad como lugar de discernimiento; 2) la universidad como lugar en el que se elabora la cultura de la proximidad; y 3) la universidad como lugar de la formación a la solidaridad. Vamos a recorrer, aunque sea brevemente, esos tres puntos, pues resultan muy luminosos para comprender cabalmente la visión del papa Francisco acerca de la universidad.

En primer lugar, la universidad como lugar del discernimiento. En la universidad hay que leer la realidad evitando las lecturas ideológicas que son parciales. “Leer la realidad, pero también vivir esta realidad, sin miedos, sin fugas y sin catastrofismos” (Francisco 2013a). Y añade:

El discernimiento no es ciego, ni improvisado: se realiza sobre la base de criterios éticos y espirituales, implica interrogarse sobre lo que es bueno, la referencia a los valores propios de una visión del hombre y del mundo, una visión de la persona en todas sus dimensiones, sobre todo en la espiritual, trascendente; no se puede considerar jamás a la persona como “material humano”. Esta es tal vez la propuesta oculta del funcionalismo. La universidad como lugar de “sabiduría” tiene una función muy importante en formar al discernimiento para alimentar la esperanza (...). Hacer discernimiento significa no huir, sino leer seriamente, sin prejuicios, la realidad. (Francisco 2013a)

Tras esta invitación al discernimiento, esto es, al estudio, a la investigación, teniendo en cuenta todas las dimensiones de la realidad, también la espiritual y trascendente, el papa Francisco apunta el segundo elemento: la universidad como lugar en el que se elabora la cultura de la proximidad. Se trata de una propuesta de cercanía y de encuentro:

El aislamiento y la cerrazón en uno mismo o en los propios intereses jamás son el camino para devolver esperanza y obrar una renovación, sino que es la cercanía, la cultura del encuentro. El aislamiento, no; cercanía, sí. Cultura del enfrentamiento, no; cultura del encuentro, sí. (Francisco 2013a)

Y amplía el papa con fuerza, como quien dice algo muy pensado y muy querido:

La universidad es el lugar privilegiado en el que se promueve, se enseña, se vive esta cultura del diálogo, que no nivela indiscriminadamente diferencias y pluralismos —uno de los riesgos de la globalización es este—, ni tampoco los lleva al extremo haciéndoles ser motivo de enfrentamiento, sino que abre a la confrontación constructiva. Esto significa comprender y valorar las riquezas del otro, considerándolo no con indiferencia o con temor, sino como factor de crecimiento. (Francisco 2013a)

¡Qué importante es esta consideración tan positiva del pluralismo dentro de la universidad al entenderlo verdaderamente como una riqueza, como un factor de crecimiento! En lugar de enfrentamientos estériles hay que transformar las diferencias en diálogo, en encuentro a todos los niveles. La fe “no reduce jamás el espacio de la razón, sino que lo abre a una visión integral del hombre y de la realidad, y defiende del peligro de reducir el hombre a ‘material humano’” (Francisco 2013a).

Finalmente, el tercer elemento que quiere desgranar el papa Francisco en su visión es la universidad como lugar de formación para la solidaridad. Recapitulando los dos puntos precedentes, explica: “El discernimiento de la realidad, asumiendo el momento de crisis, la promoción de una cultura del encuentro y del diálogo, orientan hacia la solidaridad, como elemento fundamental para una renovación de nuestras sociedades” (Francisco 2013a). Y agrega:

No hay futuro para ningún país, para ninguna sociedad, para nuestro mundo, si no sabemos ser todos más solidarios. Solidaridad por lo tanto como modo de hacer la historia, como ámbito vital en el que los conflictos, las tensiones, también los opuestos alcanzan una armonía que genera vida.

(...) antes de concluir, permitidme subrayar que a nosotros cristianos la fe misma nos da una esperanza sólida que impulsa a discernir la realidad, a vivir la cercanía y la solidaridad, porque Dios mismo ha entrado en nuestra historia, haciéndose hombre en Jesús, se ha sumergido en nuestra debilidad, haciéndose cercano a todos, mostrando solidaridad concreta, especialmente a los más pobres y necesitados, abriéndonos un horizonte infinito y seguro de esperanza. (Francisco 2013a)

Me parece que estas palabras del papa Francisco iluminan su visión de la universidad como un espacio privilegiado de discernimiento de la realidad, de estudio e investigación de la verdad; como un espacio preferente para la proximidad, para el acercamiento afectuoso entre quienes piensan distinto y están empeñados en escucharse unos a otros, en aprender unos de otros; y finalmente, como un lugar eminente para la formación en la solidaridad, no solo entre las diversas generaciones, sino además hacia los más pobres y necesitados. Estas son —me parece a mí— las coordenadas de la visión del papa Francisco acerca de la universidad.

Referencias

- Barron, R. (2015). *Laudato Si' and Romano Guardini*. Catholic News Agency. <https://bit.ly/3CDDNQb>
- Benedicto XVI (30 de noviembre de 2007). *Carta encíclica Spe Salvi. Sobre la esperanza cristiana*. <https://bit.ly/3MTXmsv>
- Benedicto XVI (12 de septiembre de 2006). *Discurso en la Universidad de Ratisbona. Fe, razón y universidad. Recuerdos y reflexiones*. <https://bit.ly/3pZEKqJ>
- Francisco (24 de noviembre de 2013). *Exhortación apostólica Evangelii Gaudium. Sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual*. <https://bit.ly/3t253Vi>
- Francisco (19 de marzo de 2016). *Exhortación apostólica postsinodal Amoris Laetitia*. <https://bit.ly/3I2TQs6>
- Francisco (22 de septiembre de 2013a). *Discurso en encuentro con el mundo de la cultura. Visita pastoral a Cagliari*.
- Francisco (28 de abril de 2017). *Discurso del Santo Padre a los participantes en la Conferencia Internacional para la Paz*. <https://bit.ly/3tSbxFu>
- Guardini, R. (1958). *El ocaso de la edad moderna: un intento de orientación*. Guadarrama.
- Ivereigh, A. (2015). *El gran reformador: Francisco, retrato de un papa radical*. Ediciones B.
- Magister, S. (2013). *Los nudos del pastor Bergoglio*. Religión en libertad. <https://bit.ly/3u8HeL9>
- Nubiola, J. (2016). Robert H. Benson: “Señor del mundo”. *Palabra*, 74-75.
- Religión en Libertad (2017). *El papa critica a las universidades que imponen “ideologías” en vez de proponer el “diálogo”*. <https://bit.ly/3vV0sGx>
- Fayos, R. (2014). *Romano Guardini y el pontificado (III): el papa Francisco*. <https://bit.ly/3KfkJUH>
- Schmitz, M. (25 de junio de 2015). *Who is the Philosopher Who Holds so Much Influence over Pope Francis?* The Washington Post. <https://wapo.st/3vZt8xR>

Vaticano II. (2017a). *Biografía del santo padre Francisco*. <https://bit.ly/37nt0OG>

Vaticano II. (2017b). *Visita a la Universidad de Estudios Roma Tres*. <https://bit.ly/3I5u0U2>